

Edith Llamas Camacho

“Los nuevos gobernadores pimas:
negociadores interculturales en las
misiones jesuitas de Sonora”

p. 95-116

Los pueblos amerindios más allá del Estado

Berenice Alcántara Rojas y Federico Navarrete Linares
(coordinadores)

México

Universidad Nacional Autónoma de México,
Instituto de Investigaciones Históricas

2011

203 p.

(Serie Antropológica, 20)

Ilustraciones, mapas

ISBN 978-607-02-2347-1

Formato: PDF

Publicado: 18 de abril de 2016

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/pueblos/amerindios.html>



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

DR © 2016, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510, Ciudad de México

LOS NUEVOS GOBERNADORES PIMAS: NEGOCIADORES INTERCULTURALES EN LAS MISIONES JESUITAS DE SONORA

EDITH LLAMAS CAMACHO
Universidad Iberoamericana

En el siglo XVII, en el septentrión mexicano los misioneros jesuitas introdujeron un sistema de cargos que ayudó a garantizar la congregación y el control político de los indígenas con el fin de procurar su conversión e integrar a sus comunidades en el esquema de dominación colonial. Los principales representantes indígenas (gobernadores y capitanes) se convirtieron en un medio efectivo para negociar la explotación de su mano de obra en la agricultura, la ganadería y la defensa militar. Es decir, que en las reducciones del noroeste el sistema de dominación impuesto se volvió un canal fundamental de negociación política y resistencia.

Este trabajo muestra cómo las autoridades indígenas designadas bajo el régimen misional a finales del siglo XVII ejercieron su nueva autoridad con tal dinamismo que pudieron negociar los límites de la expansión imperial española, el uso de su fuerza bélica, los intereses de la comunidad y la continuidad en sus prácticas sociales.

La evidencia reunida en este estudio se centra en el gobernador y capitán general pima Coro, "cola de pato", y Luis de Oacpicagigua, o bien, mejor conocido como Luis del Sáric. La elección de dicha autoridad resulta significativa para ilustrar de mejor manera cómo un líder indígena de la Pimería Alta logró conciliar sus propios intereses con los de los indígenas congregados bajo su jurisdicción y los de las autoridades españolas eclesiásticas y civiles.

No menos revelador resulta el caso de dos funcionarios yaquis llamados Muni y Bernabé, capitán general y alférez respectivamente, y la situación que enfrentaron para destituir al padre jesuita impuesto en su misión.

Los pimas y su medio ambiente

Los pueblos amerindios del noroeste mexicano con quienes se encontraron los primeros exploradores europeos, después de la caída de Tenochtitlan en 1521, pertenecían a diversos troncos lingüísticos y a numerosas tribus.¹ La superficie que los españoles identificaron como la Provincia de Sonora era una región que se extendía desde el río Yaqui, en el sur, hasta las cuencas de los ríos Gila y Colorado, en el norte. En esta vasta área de gran riqueza natural varios grupos de cazadores recolectores de la sierra y el litoral se organizaban en bandas y vivían en campamentos estacionales, desplazándose de la costa a las selvas bajas y de las barrancas a los cerros y terrazas elevadas.²

La Pimería Alta se encuentra localizada en el norte del desierto de Sonora y sur de Arizona y la región del Somontano de la Sierra Madre Occidental, en el nacimiento de los ríos Cocóspera, San Miguel, San Pedro y Santa Cruz, cuyas aguas corren hacia el desierto de Altar, y el río Colorado. El cauce de estos ríos transformaba el ambiente árido y de las cordilleras en una zona de transición vegetal entre el desierto y la sierra.³

La literatura de los siglos XVI,⁴ XVII⁵ y XVIII arroja datos de los diversos grupos de esta zona, su lugar de asentamiento, actividad

¹ Se conocen por lo menos cuatro grupos lingüísticos: yumano (cochimíes, yumas, seris, guaymas); pimano (pimas altos, pimas bajos, pápagos, tepehuán, ópatas, jovas, euduves, yaquis, mayos, etcétera); tarahumara-cahíta (tubares, tarahumaras, xiximes y acaxeos); apache (apaches, jicarillas, mimbrenos, janos). Véase Margarita Nolasco, *Conquista y dominación del noroeste de México: el papel de los jesuitas*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1998, p. 36.

² Cynthia Radding, *Entre el desierto y la sierra. Las naciones o'odham y tegüüma de Sonora, 1530-1840*, México, Instituto Nacional Indigenista/Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, 1995 (Historia de los Pueblos Indígenas de México), p. 37-41.

³ C. Radding, *Las estructuras socio-económicas de las misiones de la Pimería Alta 1761-850*, Hermosillo, Instituto Nacional de Antropología e Historia, Centro Regional del Noroeste, 1979, p. 5-10.

⁴ Entre los exploradores españoles se encuentran: Álvar Núñez Cabeza de Vaca, en 1536; Diego de Guzmán, 1532-1540; Hurtado de Mendoza, Cortés y Ulloa, en los mismos años; fray Marcos de Niza, en 1539; Vázquez de Coronado, en 1540; Francisco de Ibarra, en 1583, y Hernando Bazán, en 1585. Véase Danna Levin Rojo, *A way back to Aztlan: sixteenth century Hispanic-Nahuatl transculturation and the construction of the New Mexico*, tesis de doctorado, Londres, London School of Economics and Political Science, Department of Anthropology, 2002.

⁵ Del variado abanico de documentos jesuitas que se publicaron en el siglo XVII se encuentra: Andrés Pérez de Rivas, *Historia de los triunfos de nuestra Santa Fe, entre gentes de las más bárbaras y fieras del nuevo orbe*, publicada en el año 1645; diversos mapas encargados al jesuita por Eusebio Francisco Kino, *Crónica de la Pimería Alta. Favores celestiales*, en 1710, y Juan Mateo Mange, *Diario de las exploraciones en Sonora luz de tierra incógnita*, en 1720, entre otros.

económica, familia lingüística, costumbres y organización. Muchas de estas descripciones fueron escritas por los exploradores españoles con el objetivo de narrar las dificultades y las motivaciones que los llevaron a explorar y conquistar la región. Los padres de la Compañía de Jesús, por su parte, también dejaron algunas crónicas, diversos mapas⁶ y dibujos, así como un sinnúmero de cartas, opiniones y experiencias, acerca de los intercambios que establecieron con estos grupos de la Pimería Alta, con el objetivo de preparar a los futuros misioneros para su labor evangelizadora, por lo que sus descripciones se centraron en la diferenciación de los distintos grupos, la localización de sus lugares de asentamiento, sus costumbres, así como en la demostración de la vida ejemplar de los padres y los logros de la fe. El misionero jesuita Luis Xavier Velarde, por ejemplo, da testimonio del territorio que ocuparon algunos de estos pueblos de la siguiente manera:

Desde un principio las llamadas naciones con que confina esta Pimería son tan numerosas, y por la mayor parte desconocidas por la del norte, que con razón llaman la América Septentrional Incógnita. Aunque, con las entradas de los padres Eusebio Kino y Agustín Campos, se han tenido algunas noticias ignotas de los antiguos, de los cuales daré las más averiguadas, después de haber puesto los demás confines de esta Pimería quien tiene por oriente, bajando de norte a sur desde Nuevo México, las naciones apaches y sumas, jócomes, janos, y parte de la ópata que es la mayor provincia de Sonora, con quien confirma la Tarahumara Alta, dividida con la Sierra Madre.⁷

Resulta interesante cómo el padre jesuita utiliza el término “naciones” para hacer una distinción étnica; sin embargo, el uso del término no excepcional ya que desde 1645 en la obra de Pérez de Ribas *Historia de los triunfos de nuestra santa fe...* se usa esta palabra para diferenciar a los diferentes grupos.

En su mayoría, los diversos grupos de la nación pima⁸ tenían formas complementarias de subsistencia; por un lado, vivían una vida

⁶ Eusebio Kino realizó alrededor de cuarenta expediciones, hizo un registro cartográfico de muchos de los lugares que exploraba. Según Burrus, se tienen identificados por lo menos 31 mapas. Véase Eusebio Francisco Kino, *Crónica de la Pimería Alta. Favores celestiales*, p. 9.

⁷ Luis Xavier Velarde, “Primera relación”, véase Luis González, *Etnología y misión en la Pimería Alta 1715-1740*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1997, p. 32-33.

⁸ Los misioneros históricamente han asociado a los o’odam con otros nombres como nebo-mes, pimas, pápagos, sibubas, sobas y sobaipuris. Véase Cynthia Radding, *Entre el desierto y la sierra. Las naciones o’odham y tegüüma de Sonora, 1530-1840*, p. 28.

sedentaria y se alimentaban de maíz, frijol y calabaza, con excepción de los aborígenes de las planicies costeras, quienes no practicaban la agricultura y vivían de la pesca,⁹ y por el otro, complementaban su alimentación con productos silvestres que recolectaban.

Los habitantes de la Pimería pueden ser divididos en tres grupos: los que habitaban en el desierto, los frijoleros y los agricultores de los valles.¹⁰ Los primeros se ubicaban en la parte más septentrional de la Nueva España y residían en pequeños asentamientos conocidos como rancherías, mismas que estaban disgregadas por gran parte del territorio. Su economía de subsistencia se alternaba con la caza y la recolección, seguían un patrón de agricultura de temporal, cacería y recolección, vinculada a una migración estacional alrededor de los ojos de agua en el desierto, además de que el agua se podía recolectar de los arroyos que provocaban las lluvias del verano y donde se podían establecer pequeñas áreas de cultivo. Es probable, que sus patrones culturales tuvieran que ver con este aprovisionamiento y suministro de agua, sobre todo en la zona más desértica.¹¹

Para los grupos del desierto las cactáceas también eran una fuente de alimentación; los frutos del sahuaro, la pitahaya y el nopal constituían parte de su alimentación.

A diferencia de los indígenas del desierto, las condiciones de los frijoleros y los agricultores en los asentamientos en la zona de los valles variaban, ya que éstos gozaban de relativa abundancia de agua por la cercanía a los afluentes de los ríos. Los denominados nebomes, o pimas bajos para diferenciarlos de los altos en el siglo XVIII, por los misioneros jesuitas, estaban emparentados con los pimas altos y compartían una gran cantidad de prácticas de caza y recolección.

Los agricultores de los valles se habían establecido en las cercanías del río Yaqui y los afluentes de diversos arroyos en aldeas y campamentos que muchas veces incluían terrazas de cultivo extendidas y sementeras de riego.¹² Además de explotar y aprovechar las diversas plantas silvestres, hacían gala de su gran habilidad en el uso del arco y la flecha y para su sustento se beneficiaban de la caza de aves y

⁹ Herbert Eugene Bolton, *Los confines de la cristiandad, una biografía de Eusebio Kino, S. J. Los jesuitas en Nueva España*, México, México Desconocido, 2001, p. 53-54.

¹⁰ Cynthia Radding, *Entre el desierto y la sierra. Las naciones o'odham y tegüüma de Sonora, 1530-1840*, p. 27-44.

¹¹ Radding, *Las estructuras socio-económicas de las misiones de la Pimería Alta, 1761-850*, p. 5-10.

¹² *Ibidem*, p. 5-6.

ciervos que encontraban en los montes. Si bien es cierto que la mayor parte de su alimentación provenía de la agricultura y la caza, esto no descartaba la práctica de la recolección de alimentos como el agave, el nopal y el frijol. También era frecuente el almacenaje de una gran variedad de alimentos y plantas que consideraban útiles para resolver sus necesidades.

Los habitantes de las zonas serranas fueron asediados por las continuas incursiones de las tribus apaches a su territorio.¹³

Lo que cada grupo pima producía en relación con el medio se complementaba con una red de intercambio comercial, de modo que sus necesidades se satisfacían con relativa facilidad, con reducidas horas de trabajo y el poco excedente que podían transportar. Esto les permitía una autosuficiencia alimenticia así como una gran libertad de movimiento.¹⁴

La necesidad de abastecimiento de recursos en lugares lejanos a su zona de asentamiento fomentaba las redes sociales y las alianzas, ya que las visitas y migraciones permitían a los parientes confirmar sus vínculos por medio de ceremonias que por lo general estaban ligadas a actos rituales de atraer las aguas de lluvia y propiciar la caza y la recolección. Los nebomes, por ejemplo, festejaban un tipo de bendición a sus semillas y huertas, los pimas del norte, bebían el jugo del sahuaro fermentado para hacer llover. Una vez implantada la misión, muchas de estas ceremonias coincidieron con fechas importantes del calendario cristiano y los grupos serranos constituyeron rancherías itinerantes con las que mantuvieron las visitas, los lazos sociales y las alianzas.

La misión y las comunidades indígenas

El sometimiento de los grupos indígenas tras el frágil establecimiento de puestos militares españoles —inicialmente en Sinaloa y, más al norte, en Sonora y el sur de Arizona en la última década del siglo XVI y principios del XVII— se logró sólo con la llegada de los padres de la

¹³ *Idem.*

¹⁴ Se ha determinado que los o'odam del desierto sólo obtenían una quinta parte de su alimentación de la agricultura y gran parte de su aprovisionamiento provenía de otro tipo de plantas silvestres, además del maíz, la péchita de mezquite y la caza. Después de la conquista, el trigo también figuró como alimento complementario. Véase Radding, *Entre el desierto y la sierra...*, p. 37-39.

Compañía de Jesús y, en particular, con las exploraciones, asentamientos, trabajo y negociaciones de los padres jesuitas Eusebio Kino, Juan Mateo Mange y Antonio Kappus, entre otros, en 1687, y con el nombramiento de autoridades indígenas dentro de las misiones.

Los jesuitas, con la ayuda de los españoles y guías locales, organizaron las llamadas “entradas” a las distintas comunidades con el fin de convertir a los indios a la religión cristiana y reducirlos en pequeños asentamientos permanentes; una vez que creían haberlos convencido, recibían recursos que los ayudarían a auspiciar en otra escala la agricultura y la ganadería.¹⁵

Desde el establecimiento de las primeras misiones, la política de poblamiento adoptada por la Corona se había inclinado por una separación entre las poblaciones de indios y las de los colonos civiles españoles. Los jesuitas, protegidos por estas leyes de división residencial en las que se negaba el ingreso a los no indios a los pueblos de misión, se concedieron las mejores tierras de riego, por lo que serían los principales beneficiarios de los frutos de éstas, así como del trabajo indígena y los recursos naturales de la región.

El sostenimiento de las misiones se aseguraba, bajo cierta independencia, con un elemento fundamental: “los bienes denominados de comunidad o “de Iglesia”,¹⁶ los cuales estaban constituidos por un determinado número de tierras, tanto para la agricultura como para la ganadería; esto garantizaba, de alguna manera, los medios de subsistencia de los indios. La demarcación siempre fue negociable y sufrió diversos cambios ya que las fronteras étnicas se encontraban en constante movimiento.¹⁷

No obstante, las quejas de los españoles eran constantes ante la limitación al acceso a los recursos naturales y la mano de obra indígena, por la afectación del comercio que sostenían con los indios de la región, así como por los altos precios que tenían que pagar por los productos que vendían las misiones, cuando había escasez por causa de alguna larga sequía o catástrofe natural. Por estas y muchas otras

¹⁵ *Ibidem*, p. 21.

¹⁶ El propósito de los bienes de comunidad o de Iglesia era la subsistencia de los miembros de la misión; éstos incluían tierras y los frutos de éstas tanto agrícolas como ganaderos. Véase José Luis Mirafuentes Galván, “El poder misionero frente al desafío de la colonización civil (Sonora siglo XVIII)”, *Historias*, v. 25.

¹⁷ Radding, *Wandering peoples. Colonialism, ethnic spaces, and ecological frontiers in Northwestern Mexico, 1700-1850*, Durham, Duke University Press, 2005, p. 5.

razones, los jesuitas representaban la mayor amenaza a los intereses de los colonizadores civiles.

Estas dos fuerzas en conflicto propiciaron que los gobernadores indígenas pudieran denunciar los abusos de los misioneros y negociar sus intereses por medio de alternativas políticas.

Fundada la misión jesuita y nombrado el gobernador indígena y otras autoridades, se procedía a la siguiente entrada, en algún pueblo o ranchería cercana, que, de preferencia, fuera amiga o aliada de la anterior. Se formaba así una cadena de asentamientos cuyo respaldo por el ejército español extendería las fronteras del mismo imperio y fortalecería los vínculos políticos y las redes de intercambio entre los grupos participantes.

Sin embargo, resulta necesario un análisis más profundo, no sólo del propósito y sentido de estos asentamientos de la misión, sino del propio proceso de conformación de las nuevas instancias de dominación, del cambio y de la continuidad en las comunidades indígenas, así como de la coexistencia de sistemas y patrones culturales que continuamente se confrontan para salvaguardar los intereses del grupo. Es por esta razón que es necesario reconstruir históricamente otro tipo de sujeto como el protagonista de esta historia: el gobernador indígena y el capitán general de la Pimería Alta.¹⁸

El cargo de gobernador indígena

El documento conocido como “Primera relación”, escrito por el padre misionero Luis Xavier Velarde en 1716, ha proporcionado datos de la gran riqueza etnográfica de los habitantes de la Pimería Alta. Este trabajo producido en el marco de la vida misional, habla de la organización política de los pimas de la siguiente manera:

Y aunque la política es ninguna, se saludan todos y dan mutuamente la mano, aun a primera vista. Son partidos y liberales de lo que alcanza su pobreza, y ninguno que llegue a sus rancherías y casas, sea propio o extraño, padecerá necesidad. Viven comúnmente juntos en invierno, y en verano cada uno en su milpa.

¹⁸ Comunidad, retomando a Radding, puede entenderse como “pueblo de indios”, sin embargo el término significa más que eso, ya que no sólo es un territorio con una población, sino que ésta se modifica o transforma a través del tiempo y distintas interacciones.

Gobierno no tienen ninguno, ni leyes, tradiciones o costumbres con que gobernarse, y así, cada uno vive en su libertad, sin conocer en cada pueblo más superior que algún indio: el que más habla, más les incita a pelear con las naciones enemigas, o les señala tiempos de cazar.

En el poniente tuvo mucho séquito, años pasados, el indio llamado Soba, de quien les llamaron “sobas”; en los sobaipuris, “el Coro”.¹⁹

En las aportaciones del padre jesuita resulta innegable la forma generalizada en que da cuenta de la organización de estos grupos. Resulta evidente cómo, para él, los pueblos amerindios carecían casi por completo de una organización política, a excepción del jefe indígena llamado Coro, quien es admirado por los de su comunidad por su capacidad de palabra, sus estrategias de guerra y su habilidad para señalar los tiempos de caza.

“El Coro” al que alude la cita del padre Velarde fue nombrado capitán de la Pimería, jefe de los sobaipuris y pertenecía a la misión de Quiburi; paralelamente ocupaba el cargo de gobernador de Santiago de Cocóspera.²⁰ Este principal no sólo ayudó a ampliar los límites imperiales por medio de la misión, sino que pudo negociar con su ejército de indios auxiliares ciertos beneficios para la comunidad.

De las primeras expediciones de Kino y Mange da cuenta su viaje con los sobaipuris del oriente. Este grupo se encontraba asentado a orillas del río Joseph de Terranate o Quíburi, según Bolton.²¹ Su jefe era conocido por varias comunidades como “jefe Coro” por sus grandes habilidades para la guerra. A la llegada de Kino y sus acompañantes fueron recibidos con fiestas y halagos. Al jefe Coro le interesaba establecer una alianza militar con los recién llegados ante la avanzada de los grupos apaches, y la mejor manera de hacerlo era acompañar a Kino con varios indios auxiliares a las siguientes expediciones.

Después de varios enfrentamientos con grupos apaches, Coro quedó como el héroe incondicional de Kino y el ejército español. Sin embargo, el jefe Coro siempre tuvo que estar probando su lealtad ya que continuamente se le atribuía el robo de caballos debido a su gran ha-

¹⁹ Luis Xavier Velarde, “Primera relación”, de la etnografía de sus habitantes, particularmente de los pimas altos, en Luis González R., *Etnología y misión en la Pimería Alta 1715-1740*, p. 58-59.

²⁰ Herbert Eugene Bolton, *Los confines de la cristiandad, una biografía de Eusebio Kino, S.J. Los jesuitas en Nueva España*, p. 348.

²¹ *Ibidem*, p. 350, 396, 443.

UNAM - IIH

bilidad para montar y a la posesión de algunos de estos animales que habían sido abandonados en su territorio y se habían convertido en cimarrones.

Los sobaipuris no sólo corroboraron su alianza por medio del socorro militar, sino que ayudaron a construir la iglesia de Dolores, atendieron a los servicios religiosos, festejaron las fiestas cristianas y se bautizaron. La necesidad de aliarse con los españoles estaba ligada a la imposibilidad de conservar sus tierras y vivir en comunidad.²²

Según las descripciones jesuitas, la misión debía implantarse en los asentamientos indígenas ya existentes, y una vez ahí, debían crearse nuevas estructuras políticas y patrones culturales. Es innegable que el objetivo de la misión era la conversión de los indios al cristianismo. Sin embargo, la misión, vista como pieza fundamental de la frontera del imperio español, funcionaba dentro de un sistema mucho más complejo, ya que además de establecer el cristianismo, tenía como objetivo crear una relación directa entre la vida religiosa y la explotación de la mano de obra indígena, dando como resultado una mayor producción y distribución de productos; es decir, empresas de producción agropecuaria.

La organización misional de los jesuitas se componía de rectorados, que a su vez comprendían cabeceras, mismas que incluían visitas o pueblos dependientes de éstas. El rectorado podía estar ubicado en alguna cabecera y posteriormente rotar a otra.²³ Este sistema, ante la gran escasez de misioneros, traía como consecuencia que el gobernador indígena quedara a cargo de varios pueblos independientes y visitas. Y cuando el padre jesuita tenía que ausentarse para atender otros asuntos, la misión o cabecera también se sumaba a su jurisdicción, lo que favorecía y daba mayor capacidad de acción a las autoridades indígenas.

Así pues, una vez que los misioneros jesuitas habían logrado congrega a los indios dispersos en la misión, se procedía, por medio de elecciones, a nombrar autoridades civiles indígenas que formarían una réplica del cabildo español. En la misión, este organismo de gobierno, estaba integrado por un gobernador, un capitán, un alcalde y otros funcionarios como regidores, alguaciles y fiscales. El cargo de

²² El año de 1687 marcó el fin de la paz con los grupos apaches y janos. Véase Charles C. Di Peso, *The Upper Pima of San Cayetano Tumacacori. An archaeohistorical reconstruction of the Ootam of Pimería Alta, Dragoon (Arizona)*, The Amerind Foundation, 1956, p. 34.

²³ Luis González, *Etnología y misión en la Pimería Alta 1715-1740*, p. 29.

governador ocupaba la escala más alta dentro de la jerarquía política y se destacaba por las insignias que portaba y por la calidad de su vestimenta. El bastón de mando con empuñadura de plata y los vestidos elegantes de corte español eran característicos para marcar su posición, lo hacían verse no sólo como indio principal, sino como funcionario del gobierno civil español, según narraban los padres de la Compañía.²⁴

Otro aspecto que resulta relevante es que, según las regulaciones de los jesuitas, el gobernador sólo debía permanecer en su cargo un año; sin embargo, si cumplía aparentemente con sus obligaciones y mantenía a la comunidad congregada pacíficamente, los padres de la Compañía preferían ahorrarse el proceso de elección y lo mantenían por varios años. Es así como, una vez que su candidato había sido aceptado, se abstendrían de removerlo. Una vez más, esto generaba una dinámica distinta dentro de la misión, ya que de alguna manera los gobernadores adquirirían mayor libertad y lograban al paso del tiempo consolidar su autoridad dentro de sus pueblos.²⁵

Con lo anterior, las distintas esferas de autoridad quedaban satisfechas y los oficiales de la república en los diversos asentamientos proporcionaban un apoyo fundamental y casi indispensable ante la escasez de misioneros y las limitaciones militares del imperio español. Sin embargo, tanto los colonos como las autoridades civiles reproban esta facultad de los misioneros para nombrar autoridades.

Ante la ausencia de misioneros, la nueva autoridad fortaleció sus vínculos con la comunidad y amplió el margen de negociación política a diversas esferas de la vida misional. Es así como el gobernador y sus funcionarios aseguraron los intereses de los padres de la Compañía a la vez que abrieron un canal de comunicación donde se podían ventilar los intereses de los nuevos congregados.²⁶

Fue gracias a la diversidad de funciones y a estos personajes que los pueblos del noroeste mexicano pudieron negociar, con diferentes fuerzas políticas que entraban en conflicto, a favor de sus intereses.

²⁴ José Luis Mirafuentes Galván, "Estructuras de poder político, fuerzas sociales y rebeliones indígenas en Sonora (siglo XVIII)", *Estudios de Cultura Novohispana*, v. 14, 1994, p. 119.

²⁵ *Ibidem*, p. 122.

²⁶ José Luis Mirafuentes Galván, "La dominación colonial y las posibilidades de resistencia indígena en el noroeste de México siglo XVIII", en Guilhem Olivier (coord.), *Símbolos de poder en Mesoamérica*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, Instituto de Investigaciones Antropológicas, 2008, p. 493-516.

La elección del gobernador

En las Provisiones de la Audiencia de Guadalajara, los jesuitas habían establecido su derecho a nombrar gobernadores indios. La importancia del ejercicio de este derecho recaía en que los misioneros necesitaban asegurarse el control político y administrativo de pueblos y rancherías cercanas a la misión que no contaban con misioneros y, para semejante tarea, los gobernadores indígenas representaban no sólo la garantía de lealtad política, sino la posibilidad de que los indios una vez congregados permanecieran en la misión y los pueblos aledaños no huyeran a los montes.

Para la elección del nuevo gobernador, los jesuitas organizaban un tipo de comicios, los cuales, se sabe, no eran enteramente democráticos, ya que los misioneros fungían como directores de los mismos y promovían a sus propios candidatos, quienes habían sido preparados por ellos para ganar la elección. De igual manera, tranquilamente eliminaban aquellas candidaturas que creían poco convenientes para dirigir y subordinar a las comunidades indígenas. En un informe al virrey en 1722, el padre Giuseppe María Genovese trata de las condiciones generales de la Pimería y describe así las elecciones de gobernadores indígenas.

La costumbre, señor, de más de 80 años en todas nuestras misiones es que, cuando se ha de nombrar gobernador, se junta todo el pueblo en la iglesia y les propone el padre dos o tres, los más aptos para que el mismo pueblo elija [...] estilo que se ha practicado con tan buen efecto que, siendo estos gobernadores, así electos, los de mayor juicio y mejores costumbres gobiernan con grande política y cristiandad sus pueblos.²⁷

Así pues, desde un principio, una vez que había ganado el candidato la elección, los misioneros creían tener garantizada la paz y la conversión de los indios al cristianismo. Sin embargo, se tiene evidencia que la legitimidad y el reconocimiento del recién electo gobernador pasaba por otros canales internos, en los que los jesuitas no podían intervenir, ya que el proceso de reconocimiento del nuevo gobernador ante los congregados se insertaba dentro de una lógica distinta y bas-

²⁷ Giuseppe María Genovese, "El Informe al virrey 1722", véase Luis González, *Etnología y misión en la Pimería Alta 1715-1740*, p. 178.

tante más compleja. El padre Neumann ilustra lo anterior en el siguiente pasaje:

Para instruir en las costumbres cristianas a los naturales, los padres empleaban todos los medios para convencerlos que vivieran en pueblos, con gobernadores y capitanes de su misma nación, escogiéndolos de los que se distinguieran entre ellos por su autoridad, y así fueran fácilmente obedecidos por los indios. Los misioneros se valían de la influencia de estos gobernadores para hacer observar el orden y establecer las reducciones.

Pero también en esto se engañaron, pues los gobernadores, infestados por los mismos vicios, sólo trataban de granjearse la benevolencia de los suyos, disimulando los males, ocultándose a los padres, e inclusive propiciando errores entre los indios. Aparentemente los gobernadores se portaban bien, fingiendo acomodarse a los deseos de los padres, pero a escondidas toleraban los vicios de sus congéneres.²⁸

En la nota anterior, el padre reconoce cómo el nuevo representante, una vez electo, utilizaba su nueva posición política para ganarse la legitimidad entre sus supuestos subordinados. Resulta claro que el gobernador defendería sus propios intereses y los de la comunidad sin contraponerse aparentemente a los deseos de conversión y asentamiento de los padres de la Compañía. En esta lógica de participación los miembros de la comunidad gozaban de una disciplina mucho más elástica y negociable de lo que se presumía.

Es indiscutible que la Iglesia hizo sentir su autoridad bajo una nueva estructura de dominación, y que fue por medio de la elección que logró manipular e imponer su autoridad; sin embargo, esto no significó necesariamente que los funcionarios no defendieran sus intereses y construyeran alternativas de autoridad e independencia de la comunidad, que claramente, ante los ojos de los misioneros, se visualizaban como vicios de benevolencia.

Por otro lado, si bien es cierto que la colonización y la elección de autoridades por parte de los misioneros significaron una relación de subordinación vertical impuesta, ésta no implicaba necesariamente la reproducción de la misma al interior de la vida misional con los

²⁸ P. José Neumann, *Historia de las rebeliones en la Sierra Tarahumara (1626-1724)*, Chihuahua, Camino, 1991 (Colección Centenario, 8), p. 33.

otros miembros de la comunidad ni con los pueblos aledaños, tal es el caso del gobernador indígena Luis del Sáric.

De la misma manera, si el gobernador resultaba demasiado celoso en el cumplimiento de sus funciones, y los indios de la misión lo desaprobaban, los miembros de la misión hacían todo lo posible por removerlo de su cargo. Tal es el caso de Marcos Humuta, gobernador y capitán general del pueblo de Bacerac, quien fue acusado de practicar la hechicería.²⁹

Una vez que terminaba el proceso de elección de los gobernadores, los misioneros se encargaban de que el nuevo funcionario fuera reconocido por las autoridades civiles españolas, por lo que iniciaban esta gestión ante el alcalde mayor, el cual prácticamente se limitaba a confirmar el cargo, sin mayor trámite. Sin embargo, ante los ojos de los pueblos congregados, el nuevo gobernador, tendría que ganarse la legitimidad de su nueva posición y el reconocimiento de los demás indios por otros medios.

Legitimación de las autoridades indígenas

El caso del gobernador de Sáric resulta bastante ilustrativo, ya que nos ayuda a comprender la importancia del reconocimiento al interior de la misión. Luis del Sáric, indio pima, oriundo del pueblo del mismo nombre, visita de la misión de Tubutama, fue preparado por los jesuitas para las funciones de gobierno, primero como alcalde y posteriormente, en 1748, como gobernador.

Sáric, en su nueva posición, ganó la legitimidad de su puesto por medio de las siguientes acciones:³⁰

1. Beneficiaba a la comunidad, satisfaciendo sus necesidades alimenticias, aun en tiempos difíciles como enfermedad e incursiones apaches.
2. El incumplimiento de las normas de la misión.

²⁹ José Luis Mirafuentes Galván, "La dominación colonial y las posibilidades de resistencia indígena en el noroeste de México, siglo XVIII", en Guilhem Olivier (coord.), *Símbolos de poder en Mesoamérica*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 2008.

³⁰ José Luis Mirafuentes Galván, "Estructuras de poder político, fuerzas sociales y rebeliones indígenas en Sonora en el siglo XVIII", *Estudios de Historia Novohispana*, Instituto de Investigaciones Históricas, Universidad Nacional Autónoma de México, v. 14, 1994, p. 117-143.

3. No se oponía a las prácticas sociales tradicionales (poligamia, concubinato).
4. Hacía fiestas, grandes convites y se emborrachaba continuamente con los congregados.
5. Defendía al pueblo ante las incursiones bélicas de otros grupos que los amenazaban.
6. Utilizaba recursos personales y de la comunidad para el bienestar de la misma.
7. Llevaba a cabo tratos comerciales convenientes para la comunidad.
8. Era sumamente espléndido cuando distribuía las ganancias dentro de la misión.

Con todo lo anterior, Sáric no sólo fue reconocido en el rango de gobernador por los indios del pueblo, sino que, además, se ganó su respeto, lealtad y apoyo incondicional. En reciprocidad por el amparo y los favores recibidos, éstos lo ayudaron a incrementar su poder económico de dos maneras: poniendo a su disposición sus tierras y trabajando sin remuneración en las tierras que le habían sido asignadas.

Es así como, Luis del Sáric no sólo tuvo muchos partidarios, sino que, con sus vastas extensiones de tierra, logró multiplicar aún más sus ganancias, diversificar el cultivo y acrecentar el ganado. La riqueza económica que adquirió le dio mayor libertad de competencia y, paradójicamente, una mayor independencia frente a aquellos que en un inicio le habían conferido el poder. Sáric logró la aceptación política de dos mundos aparentemente contrarios.

Sin embargo, la jurisdicción de Sáric no terminó ahí, ya que tuvo la posibilidad de extenderse más allá de las pequeñas fronteras de la misión gracias a sus funciones de gobernador, a las redes familiares y de intercambio, así como a las buenas decisiones que había tomado para mediar con quienes para su fortuna, a pesar de que parecían tener el mismo objetivo de agilizar la expansión territorial y someter a todos los pueblos de indios de la zona, no lograban ponerse de acuerdo entre sí de la mejor forma para llevarlo a cabo y, por lo tanto, actuaban como dos fuerzas políticas opuestas y discordantes.

Esta situación de enfrentamiento, aunada a la debilidad de la milicia española, a la ambigua política colonial, a la gran necesidad de mano de obra para las minas y de auxilio de indios para la expansión, propició que los gobernadores indígenas se convirtieran en interme-

diarios interculturales, capaces de dialogar y pactar con los jesuitas y sus aliados (los vascos), las autoridades reales, los colonos y las otras etnias, y de ser necesario, hasta con el mismo virrey. Sáric sabía que su presencia era de suma importancia, no sólo para mantener la paz, sino para el suministro de recursos indispensables para la supervivencia de los españoles, de los colonos y hasta de los mismos padres de la Compañía, quienes se habían encargado de que las misiones entraran en un sistema de intercambio de excedentes de mercancías.

No obstante la resistencia que manifestaron los diferentes grupos del noroeste mexicano para vivir bajo un nuevo esquema cultural, los cabildos indígenas aprendieron cuáles era los canales institucionales adecuados para dirigirse a funcionarios, misioneros, comandantes españoles y otras autoridades, para negociar, expresar su descontento o, bien, hacer prevalecer sus intereses.

Bajo la premisa de lo que podríamos llamar compromiso recíproco, Sáric defendió la misión en contra de las incursiones apaches en el territorio pima.³¹ Los apaches eran considerados el enemigo principal de los españoles debido a la gran destrucción que provocaban en la frontera, y al fuerte impacto político y económico que esto traía para el imperio. Gracias a este grupo, la frontera se había vuelto un permanente campo de batalla. Sáric aprovechó esta situación para congraciarse con los suyos y extender su reconocimiento a otras esferas de poder.

El cargo de capitán general de la nación pima

El cargo de capitán general otorgado por las autoridades españolas a los indios de Sonora fue un elemento más que contribuyó al contrapeso de fuerzas políticas en el norte de México.

Ante las constantes invasiones apaches, en 1748 el gobernador pima Luis del Sáric formó una de las alianzas más importantes con el ejército español. “Se decía que por voluntad propia emprendía campañas militares en los territorios ocupados por los apaches para congraciarse con los españoles.”³² Con este tipo de incursiones logró ampliar su radio de acción política y, en 1750, el gobernador de Sonora y Sinaloa, Diego

³¹ José Luis Mirafuentes Galván, “El Enemigo de las Casas de Adobe”, en Felipe Castro *et al.*, *Organización y liderazgo en los movimientos populares novohispanos*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1992, p. 147-175, p. 155.

³² *Ibidem*, p. 155.

Ortiz Padilla, lo nombró capitán general de la Pimería Alta. Su nueva condición le procuró ciertos atributos de prestigio que denotaban su posición, pues podía llevar escolta personal, como los capitanes de presidio, así como portar botas y fusil. Además, como bien señala Mirafuentes, Sáric imitó las formas de comportamiento más características de los capitanes de presidio, como entrar a los pueblos de españoles disparando tiros.³³

Poco tiempo después, Luis del Sáric pidió a los gobernadores de la Pimería de cada uno de los pueblos que le erigieran un lugar donde pudiera aposentarse en sus visitas. De esta manera, todas las comunidades pimas quedarían integradas, consolidadas y representadas bajo la figura del gobernador y capitán general de la Alta Pimería.

A cambio de este nombramiento, Luis del Sáric tendría que ayudar a la defensa de la provincia cuando los españoles se lo solicitaran reclutando indios para frenar la avanzada de los apaches, mantener reducidos a los indios y asistir al gobernador en la fundación de nuevos presidios en las cercanías del río Gila. Los jesuitas no tomaron a bien el nuevo nombramiento y lo desconocieron, ya que consideraban que éste debilitaba su propio espacio de control político, lo cual no estaba muy lejos de la realidad. Dicha posición les garantizaba a los indios pimas una protección adicional e independiente fuera de la misión, así como un canal de comunicación y diálogo para denunciar las inconformidades y abusos de los misioneros. Y si la confusión y el abuso no eran resueltos por los canales institucionales adecuados, los indígenas podían recurrir a la rebelión.

En 1751 Luis del Sáric dirigió una insurrección de los pimas altos, cuyo origen es poco claro pero el desenlace resultó sorprendentemente benéfico para los involucrados. Según los reportes de las autoridades eclesiásticas y españolas, los pimas altos mataron al misionero jesuita Tomás Tello y otros españoles radicados en Caborca. Posteriormente se trasladaron a Uquitoa, en donde las víctimas también fueron más de veinte españoles. Poco después en la misión pápaga de Sonoita con indios pápagos dieron muerte a su misionero Enrique Ruhen. La resistencia indígena dejó un saldo de cien españoles muertos, dos padres, y arrasó con varios asentamientos mineros y ganaderos, casas e iglesias, así como extensiones de tierras agrícolas.³⁴

³³ *Ibidem*, p. 147-175.

³⁴ *Idem*.

Los padres de la Compañía de Jesús poco pudieron hacer para que fueran escuchados por las autoridades civiles y el enemigo en cuestión recibiera su castigo.

En 1752, por disposiciones del coronel Diego Ortiz Padilla, a la sazón gobernador de Sonora y Sinaloa, se concedía el perdón al líder de los pimas altos rebeldes, Luis del Sáric [...] habían sido muertos dos misioneros y alrededor de cien españoles y destruidas y saqueadas numerosas instalaciones agropecuarias, mineras y religiosas. Cuando el caudillo pima bajó la paz al campo español el gobernador "lo recibió con la mayor ostentación y cariño abrazándolo y sentándolo a almorzar, además de vestirlo con zapato moruno, media encarnada y otra ropa".³⁵

Luis del Sáric fue restablecido en sus cargos de gobernador de Sáric y de capitán general de la Pimería Alta. Dentro de toda esta violencia y hostilidad, queda claro cómo las acciones de destrucción estaban conscientemente dirigidas hacia misioneros jesuitas y sus fundaciones así como a algunos españoles. Tal fue el caso del Real de Uquitoa, donde se explotaba a los indios yaquis, quienes tras el ataque salieron ilesos, a diferencia de los españoles que fueron totalmente exterminados. A pesar del levantamiento, cuyas consecuencias son innegables, Luis del Sáric no fue destituido de su puesto, en contra de la voluntad de los jesuitas, sino que éste conservó sus privilegios y supo negociar con las autoridades españolas la paz y evitar los inminentes levantamientos.

Otro caso que resulta bastante ilustrativo es el de dos autoridades yaquis conocidas como Muni y Bernabé, quienes fueron arrestados en su domicilio, acusados de sublevar a los miembros de su comunidad. Sin embargo, más allá de la veracidad de dicha calumnia, existían otros motivos por los cuales parecía conveniente deshacerse de semejantes personalidades.³⁶

Juan Ignacio Usacamea conocido como Muni y Bernabé Basoriteamea, el primero capitán general y el segundo alférez, gozaban de gran respeto dentro de sus comunidades gracias a las diversas actividades que habían desempeñado a favor de los yaquis. Ignacio Usacamea era originario de Rahum, y además de su cargo de alférez ocupaba la posición de fiscal dentro de la iglesia de su pueblo. Bernabé Basori-

³⁵ José Luis Mirafuentes, "Estructuras de poder político...", p. 117.

³⁶ José Luis Mirafuentes, "El Enemigo de las Casas de Adobe", p. 147-175.

temea, por su parte, provenía de Guírivis; fue indio auxiliar en las tropas del área yaqui. Debido a sus lazos de compadrazgo, era frecuente que ambos mandos no sólo concertaran sus decisiones políticas, sino que convinieran en una sola postura y plan de acción. Un ejemplo de ello fue el caso de la sustitución del padre Ignacio Aguado tras su muerte.

Ignacio Aguado era misionero de Rahum y otros pueblos, además, ocupaba el cargo de visitador general de las misiones del Yaqui. El puesto vacante fue otorgado a un nuevo jesuita llamado Diego González. La designación de dicho padre atentaba contra el bienestar de la comunidad, ya que tenía fama de mal administrador y de dejar en ruina los bienes de las misiones. Además de lo anterior, resultaba aún más agravante el séquito de funcionarios administradores y protegidos que lo acompañaban, mismos que eventualmente podrían intervenir tanto en el manejo de recursos, así como en las decisiones del gobierno civil. Sin embargo, la queja mayor provenía del testimonio de un indio que declaraba que el principal problema era que estos nuevos funcionarios querían imponer a los indios trato de esclavos.

Esta crisis política se agravó cuando uno de los gobernadores fue removido de su puesto y reemplazado por otro llamado Juan Turimea. Fue en ese momento que Muni y Bernabé recurrieron al gobernador español de la provincia de Sonora y Sinaloa, Manuel Bernal Huidobro, mismo que se declaró a favor de los solicitantes. A pesar de ello, al misionero en cuestión se le hizo fácil negarse a acatar las órdenes de las autoridades españolas, por lo que Muni y Bernabé desconocieron al gobernador impuesto, lo despojaron del bastón de mando y lo llevaron al cepo. La furia del padre González no se hizo esperar y, en venganza, encerró y torturó a los involucrados para hacerlos desistir de su lucha. Por el contrario, éstos recurrieron al alcalde mayor de Ostimuri, quejándose de exceso de autoridad de los misioneros. Éste resolvió a favor de Muni y Bernabé y los nombró gobernadores de sus respectivos pueblos de origen.

Para su mala fortuna, el conflicto no terminó ahí, ya que el padre jesuita no quiso dar una salida pacífica al conflicto, a pesar de que ya había un acuerdo con las autoridades españolas. Muni y Bernabé terminaron en la ciudad de México, y fueron reconocidos en sus cargos por el virrey. Desafortunadamente, antes de que ejercieran sus puestos, el 14 de junio de 1741, fueron arrestados y poco después ejecutados. Si bien es cierto que el desenlace fue trágico, resulta evidente cómo

las autoridades indígenas conocían los canales de acción para que se les hiciera justicia y muchas veces lograban su cometido.

Otra fuente de frecuentes conflictos entre todas las facciones en la Pimería Alta fue la posesión y usufructo de la tierra. Francisco Montes, alias *el Pintor*, tenía el cargo de capitán general de la Pimería, y durante muchos años ayudó a la expansión misionera; sin embargo, a pesar de haber demostrado lealtad a las diferentes autoridades, fue desposeído por los misioneros de las tierras que le pertenecían, y, ante el conflicto, recurrió al alcalde mayor de San Juan Bautista Sonora, para denunciar el despojo y el maltrato que le daban, incluida la violencia de los misioneros, “con palos que me dio” hasta derramar sangre. *El Pintor*, con el apoyo del alcalde mayor, pudo presentar su queja en la Audiencia de México, ganó el pleito y le fueron restituidas sus tierras.

Los casos de Luis del Sáric, Muni y Bernabé y *el Pintor* muestran, por un lado, cómo el dominio español en la Pimería Alta y el norte de México se enfrentaba a una gran incapacidad para ejercer un control efectivo sobre los grupos indígenas. Es indiscutible que uno de los grandes problemas era la limitación numérica de las tropas españolas en sus constantes intentos de acciones militares de importancia. Por otro lado, es evidente la discordancia entre la falta de recursos para conservar y vigilar las poblaciones que creían ya sometidas y la necesidad de emprender nuevos avances y así subyugar a un mayor número de pobladores.

Los indígenas, por su parte, mostraron tener un buen conocimiento de la debilidad de la dominación colonial y sabían que no era factible ejercer un control efectivo sin su ayuda. Su experiencia en varias actividades defensivas, como parte de una milicia auxiliar, así como en diferentes incursiones institucionales, les dio la posibilidad de negociar otros aspectos relacionados con la vida en la misión con su estatus político y con las redes comerciales.

Mirafuentes afirma que “no eran pocas las veces en que se dejaba en sus manos el sometimiento de los indios considerados rebeldes y la defensa de las fronteras de las invasiones apaches”,³⁷ lo que necesariamente traería ciertos beneficios para los involucrados.

Una situación similar ocurría en las misiones, donde el reducido número de misioneros no alcanzaba siquiera a cubrir los puestos necesarios para cada una de las cabeceras de misión, por lo que los

³⁷ José Luis Mirafuentes Galván, “La dominación colonial...”, p. 493-494.

padres tenían que viajar constantemente a los pueblos de visita para bautizar, evangelizar y dar misa. Ante estas prolongadas ausencias, los jesuitas se veían en la necesidad de dejar encargada su sede a los gobernadores y otras autoridades indígenas, lo mismo sucedía con los pueblos de visita, pues éstos al no tener misionero de planta dependían aún más de las autoridades indígenas nombradas, para mantener el orden y los lineamientos de la misión.

Los funcionarios indígenas designados dentro de las misiones del noroeste mexicano se encontraban inmersos en estas circunstancias. Si bien es cierto que el fundamento estaba enraizado en el control de los integrantes del nuevo asentamiento, también lo es el hecho de que los indígenas se adaptaron y negociaron ciertas libertades, tradiciones y aspectos de su vida comunitaria convenientes para ellos. Y cuando sus demandas no fueron satisfechas, se rebelaron.

La rebelión, para los indígenas, no era vista necesariamente, como un rompimiento total del orden establecido. Muchos de los indios reducidos en la misión querían permanecer en ella pero bajo otras circunstancias, las cuales eran factibles de negociar y cambiar de acuerdo con los acontecimientos y el paso del tiempo. La guerra, entonces, constituía un recurso de resistencia y supervivencia que, si bien buscaba una cierta ruptura, también replanteaba una modificación en el estado de las relaciones políticas. Esto último no implicaba el rechazo a todas las estructuras de gobierno, sino a su equilibrio dentro del propio modelo administrativo español.

Muchas de estas demandas estaban dirigidas a las posibilidades de cambio en las condiciones de libertad y movimiento; al ejercicio de su derecho a la influencia y respeto en las redes de intercambio; a la necesidad de buscar otro tipo de recursos en zonas aledañas; a las visitas y peregrinaciones que confirmaban sus alianzas y lazos sociales, y a la mediación intercultural y la concertación de sus propios intereses con los de misioneros, los colonos y las autoridades españolas dentro del complejo proceso de dominación colonial.

Congregar poblaciones dispersas, organizar asentamientos y consolidarlos generó la aceptación. Los modelos de administración implementados por los padres y la interacción entre la economía de la misión y el mercado local transformaron algunas formas sociales y consolidaron otras.

Replantar una reconstrucción histórica cuyo eje rinda cuenta del alcance, importancia, iniciativa e interacción de los líderes indígenas

en estos nuevos cargos y su incidencia en la expansión colonial es, de alguna forma, revelar la complejidad y los matices de las nuevas modalidades en el ejercicio del poder, la negociación entre las partes y, finalmente, las limitaciones de cada uno de los actores que participaron en el proceso de colonización del noroeste mexicano.

La negociación entre las distintas facciones y grupos de poder fue posible gracias al contrapeso de todas las fuerzas políticas imperantes. La habilidad con que los nuevos dirigentes indígenas extendieron sus redes de influencia hacia otros grupos dinamizó las relaciones sociales.

BIBLIOGRAFÍA

CLASTRES, Pierre, *La sociedad contra el Estado*, Caracas, Monte Ávila Editores, 1978.

MANGE, Juan Mateo, *Diario de las exploraciones en Sonora luz de tierra incógnita*, Hermosillo, Gobierno del Estado de Sonora, 1985.

MIRAFUENTES GALVÁN, José Luis, "El Enemigo de las Casas de Adobe", en Felipe Castro *et al.*, *Organización y liderazgo en los movimientos populares novohispanos*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1992.

———, "Estructuras de poder político, fuerzas sociales y rebeliones indígenas en Sonora (siglo XVIII)", *Estudios de Cultura Novohispana*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, v. 14, 1994, p. 117-143.

———, "Los maleficios de don Carlos Humuta. Orden y conflicto en la comunidad ópata de Sonora (Bacerac, 1704)", *Estudios de Cultura Novohispana*, v. 25, 2001, p. 117-154.

———, "La dominación colonial y las posibilidades de resistencia indígena en el noroeste de México siglo XVIII", en Guilhem Olivier (coord.), *Símbolos de poder en Mesoamérica*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, Instituto de Investigaciones Antropológicas, 2008.

NEUMANN, José P., *Historia de las rebeliones en la Sierra Tarahumara (1626-1724)*, Chihuahua, Camino, 1991 (Colección Centenario, 8).

NOLASCO, Margarita, *Conquista y dominación del noroeste de México: el papel de los jesuitas*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1998.

OLIVIER, Guilhem, *Símbolos de poder en Mesoamérica*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, Instituto de Investigaciones Antropológicas, 2008.

RADDING, Cynthia, *Entre el desierto y la sierra. Las naciones o'odham y tegüima de Sonora, 1530-1840*, México, Instituto Nacional Indigenista/Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, 1995 (Historia de los Pueblos Indígenas de México).

———, *Wandering peoples. Colonialism, ethnic spaces, and ecological frontiers in Northwestern Mexico, 1700-1850*, Durham, Duke University Press, 2005.

———, *Las estructuras socio-económicas de las misiones de la Pimería Alta, 1761-1850*, Hermosillo, Instituto Nacional de Antropología e Historia, Centro Regional del Noroeste, 1979.